

propio, personal, inconfundible. En él vibran los elementos criollos, las sugerencias enteramente nuestras, los giros en que la estilización no pierde el encanto de la fragancia chilena. En ocasiones es áspero, imperioso; marcha a encontronazos, como si quisiera romper toda norma o todo método. Pero es él, sin parecido a otro alguno, lleno de colorido, de vigor, de encanto en medio del tumulto que desencadena.

Pero la nota de la americanidad es en este autor un punto de estética literaria que merece ser estudiado con detención. La línea continua en un escritor, sin quebrantos, es en estas tierras americanas un hecho de suma importancia. Rodríguez Mendoza no ha desdeñado jamás los elementos nativos, las formas propias de la existencia autóctona y en lugar de inspirarse en los temas y motivos extranjeros, ha permanecido fiel a la realidad americana, sintiéndola con pasión, estudiándola con minuciosidad, convencido de que sólo en ella los escritores de este continente podrán encontrar la verdadera senda de la creación.—D. MELFI.



PANORAMA EN POSTALES

Una inevitable asociación me hace pensar, al cerrar este libro que he leído con tanto interés como placer en muchos ratos, que acabo de pasar ante una colección de postales en la que, sucesivamente, se me ha presentado un panorama, con las consabidas cortaduras y las necesarias separaciones entre cada dos tarjetas. Pero la idea de que el paisaje completo ha quedado en mí bien grabado, no desaparece por esta ruptura de cartulinas. Lo que podía faltar entremedio, o lo recuerdo o lo adivino. El Panorama de la Literatura Actual que ha publicado Luis Alberto Sánchez me sugiere esta visión de postales bien hechas, de fotografía excelente, raras veces coloreadas con un poco de exceso, pero que ceden una indudable satisfacción.

No es menosprecio, ni mucho menos, la comparanza. En primer lugar, porque el propio Luis Alberto Sánchez llama a su libro «Baedeker personalísimo», (tan relacionado con la postal en su expresionismo), y en segundo lugar, porque la postal no se ha desprestigiado para mí. Ni como medio de comunicación, rápido, sencillo, fácil y sobre todo sincero, (va sin sobre), ni como medio de expresión, porque no hay para mí mayor placer que abrir los álbums donde tengo coleccionadas las postales que me olean con brisas lejanas, muy amadas por mi recuerdo. Tal vez para los que escriben en pergamino y papel de oficio, sean las postales un poco o un mucho despreciables. Para mí no, y esto me basta. (Un tanto fuerte, a ratos, es el «yoísmo», pero siempre mejor que *ese nosotros pensamos*, episcopal, gregario y antipático).

El libro de Luis A. Sánchez no es un libro completo. Pero no lo es precisamente porque el autor no ha pretendido que lo sea. Todo lo que sea echarle en cara falta de totalidad es superfluo. Sin embargo, pocos libros tan «completos», dentro de su propósito, tan llenos de material útil y tan manuales y legibles (en el sentido inmaterial de las palabras) como este Panorama.

La vista que se pasea por la literatura actual, se detiene de vez en cuando donde le parece bien detenerse. Allí se queda un rato, analizadora e inquieta, hasta que termina con la visión o por lo menos, hasta que agota la necesidad de mirada para el análisis. Por otros puntos, resbala quizá un tanto apresada. Para gustos particulares, quizá falte un nombre en alguna ocasión. Acontece en esto como en las Antologías. Siempre el que juzga (crítico oficial o lector cualquiera), tiene que decir el eterno estribillo del caso: falta fulano. Lo cual no obsta para que pueda ser muy respetable y digna de atenderse esta observación de ausencia y a veces, digna de aceptarse con una corrección. Pero así como en las Antologías la preterición implica un disgusto y hasta puede implicar una posterior venganza, en

el caso de un panorama de la literatura actual la ausencia de un elemento que completara, no es sino un motivo de advertencia, que el autor puede aceptar o no según le venga en ganas.

«Nada más odioso e inútil que los Baedeker», dice Sánchez al iniciar su libro. Y se excusa con la necesidad de redactarlos por la prisa actual. Si el Baedeker ayuda a una visión certera, no es odioso. Tal vez no se tenga que llamar Baedeker, sino por ejemplo: «Guía», sencillamente. Si la guía nos indica un camino o nos lo hace recordar, sin obstáculo para que después se cierre el libro y veamos el monumento a gusto y sin indicaciones, nada mejor que uno de estos librillos acompañantes. El caso de este panorama que traza—a grandes rasgos, pero seguros—Luis A. Sánchez, es de los que ceden utilidad.

Antes de pasar a otros puntos, quiero mostrar la satisfacción que me producen muchas de las postales coleccionadas por el escritor peruano. Su estudio sobre Joyce es sencillamente admirable. Muchos que se meterán, seguramente, a buscar y rebuscar en el libro puntos débiles, habrán tenido la primera impresión acerca de Joyce al través de estas páginas. Y por cierto, una impresión bien dada, porque el capítulo es de los que agotan—dentro de los términos de una exposición—la presentación de la figura del autor de «Ulises». La crítica de un tipo tan señero en la literatura actual como James Joyce, exige más trabajo del que a primera vista se le puede antojar a un revistero. Su obra, difícil y extraordinaria, requiere una atención minuciosa y pocos son los capaces de llegar tan a la entraña como ha llegado Luis A. Sánchez. El análisis de «Dubliners» y la síntesis de «Ulises» que se abarcan en este ensayo son de lo mejor que hay en el libro y de lo mejor que en un límite de veinticuatro páginas se puede decir sobre tan maravilloso escritor. Los estudios de Marichalar, magníficos, no quitan la consideración a este otro que vamos tratando, porque aquellos son apuntes preciosos hechos al margen de una lectura,

en tanto que éste resume, condensa y expone para un conocimiento total y una presentación completa. Al terminar el capítulo, el autor del Panorama considera a Joyce como un final. Como un silbo de condenado a muerte. No estoy conforme. Joyce me parece un comienzo. Quizás uno de esos comienzos donde apenas se vislumbra lo iniciado, por causa, o por culpa de los ruidos de lo que acaba. La frivolidad verbal no es un síntoma joyciano. Al contrario, su juego verbal no es frívolo, es juguetón, a lo más, divertido. Pero esto no es sino una muestra más de que casi todo lo bueno se hace como jugando. Con seriedad, con interés, pero con *fair play*. En el caso de Joyce hay un juego limpio excelente, irreprochable. ¿Qué en «Anna Livia Plurabella» juega un poco de más? Tiene derecho, como tiene derecho a suprimir los signos—exterior, decoración—en el monólogo de Marión Bloom. Es el dueño. Es el único punto, éste, en que estoy alejado de Luis A. Sánchez en lo que se refiere a su excelente estudio sobre Joyce.

Muy bien observado está ese rincón donde se interpreta la expresión cabal de nuestra cultura, al final del capítulo rotulado «Cercanía». «La ecuación cabal de nuestra época—dice el autor—surgirá del impulso libre de conocerse a sí mismo y del afán premeditado de encontrar la justicia social»... Es de admirar esta relación que establece, con ejemplos posteriores, bien elegidos, el autor del Panorama. Y ojalá tuviera realidad y certidumbre, ahora en que se pasa de un extremo al otro: del individualismo cerrado y obscuro que estaba bueno para la anteguerra (y que ahora nos quieren descubrir, importándolo, unos cuantos que han llegado tarde a América, sin darse cuenta de que muchos estuvimos temprano en Europa), al sentimentalismo populista o a la standardización de los sentimientos, en cesión a ese manoseado *todo social*. Agrada en el libro de Luis A. Sánchez esta consideración doble, que no es un término medio pacato, sino la justeza del tino. A veces se le escapan al autor algunas voces de proclama, pero no quitan, ni siquiera

atenúan, la más constante consideración a ese doble y al mismo tiempo único sentir de la parte de la generación actual que no se deja influir por falsos profetas. Sí. Desde la «ininterrumpida confesión» de Dostoiewski hasta la confesión a golpes, como canto de perdiz (bellísimo canto para el que sabe escucharlo) de Joyce, todo dice que la consideración del individuo tiene una inevitable, invencible importancia. Pero de ahí al curso narcisista hay mucho trecho. En el capítulo sobre «Dandysmo y Futurismo» vuelve a surgir este criterio que me identifica en todo lo referente a él, con el escritor del Panorama: «Hay un camino diverso por el cual el dandysmo se colectiviza. Desde que el egotismo surge como una puerta de escape contra el medio; desde que la singularización, aparte de ser una explosión individualista, es, en muchos casos, un modo de descontento trascendental, sería absurdo e irrisorio no tratar de ver en semejante fenómeno las resonancias sociales que todo hecho, por personal que se le crea, encierra». Claro está que no es cosa de convencer a todos. Vayamos a contarle esto, usted y yo, a ese que usted llama «el señorito literatoide que habla francés, le repugna escribir en castellano y siente pasión, intensísima pasión, por Paul Eluard, Picasso y Max Jacob»... ¡Cómo se reirán estos tres de muchas admiraciones!..

Puede parecer, a primera vista, que estas afirmaciones estén en contradicción con las vertidas en el último capítulo del libro, al tratar del marxismo y la literatura. Aunque haya momentos en que una opinión circunstancial me separe del autor, creo que en este capítulo, que seguramente será muy criticado con desmedro, no hay sino una exposición de hechos efectivos. Sería absurdo y ridículo pretender no incluir en un tratado de literatura actual, algo que se refiera a esta materia, que es de actualidad extraordinaria y que es necesario considerar como algo que se está dando y con caracteres importantísimos. Por otra parte, Luis A. Sánchez no hace sino exponer, con un criterio objetivo, las manifestaciones de esta

situación intelectual. Y más que deducir de ellas una adhesión incondicional, se puede entresacar, al través de lo objetivo, una postura de independencia juzgadora y una aceptación por partes que no implica ningún entusiasmo arrebatado ni absorbente. Es un hecho innegable la relación que la literatura actual tiene con el marxismo, o con los derivados del marxismo. Prescindir de este hecho al exponer la actualidad literaria universal, sería dejar un hueco notable en la vista panorámica. No me parece ni superfluo ni excesivo, el haber incluido esta postal, quizá la de caracteres más profundos, en la exhibición panorámica. No se niega el arte, ni se admite aquí que la política haya roto con la sensibilidad artística, antes al contrario, se contradicen ciertos postulados demasiado extendidos hoy. Y extendidos, precisamente, por aquellos que pretenden asumir posturas (o mejor, poses) políticas y sociales, sin fundamento, mientras cultivan para llamar la atención, un arte abstracto que hoy día no tiene ninguna razón de ser. Abstracto de anteguerra, tolerable y aun admirable, en quien lo inventaba con un temperamento genial, pero inadmisibile en quien lo sigue a tentones sin tener ni siquiera ingenio.

Sin negar la importancia social de nuestro momento y sin creer que hay que dejar a un lado esta cuestión, me sigue pareciendo que los individuos creadores son los que valen la pena y que los que siguen escuelas o grupos sin preocuparse de individualizar su punto de vista, o son nulos o pasan con la rapidez de un relámpago y sin rayo que valga. Sin ninguna conmoción; a lo más, un pasajero brillar entre dos nubes que le prestan su fuerza.

La «escolaridad» de que habla el autor al tratar en varios puntos de algunas corrientes contemporáneas y sobre todo del Dadaísmo, Futurismo, Suprarrealismo, anula muchas grandes posibilidades. La prueba está en que estos movimientos se rompen a las primeras manifestaciones particularistas de sus individuos, inevitablemente. A propósito de todo esto, recuerdo

la «Historia de Dada» escrita por Ribemont-Dessaigues. En ella se notan dos cosas: La primera, que Dada presidió ya como grupo la formación posterior del Suprarrealismo; todos sus miembros, salvo ligeras excepciones, forman hoy parte de la nueva escuela. Y hasta se atreve Ribemont a designar al Suprarrealismo como un «fils diminué de dada». Ya se trataba allí, por Tzara, Picabia, Harp y sus compañeros, de reemplazar la sumisión a la realidad por la creación de una realidad superior. Programa igual, sin duda. Y curiosos para juzgar estos lances, son algunos párrafos iniciales de esta historia del dadaísmo, donde Ribemont-Dessaigues dice: «Hay empresas del espíritu humano que, en el momento de su explosión, hacen un ruido tal que no se sabe en absoluto si se trata de un trueno de Dios o de petardos lanzados por granujas de villorrio. Después el tiempo pasa, cada uno se va, alzándose de hombros, y la empresa en cuestión no le interesa a nadie. El trueno de Dios más auténtico, no es literalmente más que un petardo de chiquillo»... ¿Condición de las cosas?.. Quizá, pero nadie podrá negar importancia a los movimientos. Ahora bien, ¿cuándo tienen importancia estos movimientos, sino cuando los individuos que los inician y alimentan, esos que después se van cada uno por su lado *en haussant les epaules*, tienen *madera* y consistencia considerables?.. Marinetti resulta bufón al lado de algunos dadaístas. Sus movimientos no tienen nada que ver. La historia de ambos es paralela en cuanto a transitoriedad. Pero los frutos individuales que restan después del tiempo, son diferentes en duración. No dependen de la escolanía, sino de los individuos que integran las escuelas. Algunos *ismos* de los que se dedicó a exponer y a comentar como geniales, el monótono cicerone Guillermo de Torre, no han dejado ni su memoria al través de unos pocos años. Otros, disputados en su origen, han quedado reducidos a la nada, porque, o eran antiguos en su concepción y no necesitaban renovarse, o los poetas disputadores sobre el

parto de los montes han quedado en el silencio más feroz a su derredor, exceptuando los eternos ingenuos que caen, casi siempre, para salir volando pronto con lo que les quede de alas, a ver si les crecen en independencia...

¿A qué viene todo esto?.. A manifestar un escepticismo radical en cuanto a «Escolaridad» y sus derivados. A reconocer que estas escolanías tienen su valor y su importancia solamente cuando las encaminan hombres, individuos de talento. A no negar la importancia del conglomerado, pero no atribuírsela por el mero hecho de novedad o de *snobismo* (casi generalmente tardíos), sino a la calidad representativa de los formadores del grupo. Luis Alberto Sánchez procede con cautela en todo esto y administra sabiamente su adhesión. Muchas de sus frases encierran una longitud de mirada tan independiente, que no es digna sino de aplauso. Idolos de arcilla que muchos aun mantienen en homenaje turiferario, no existen para este autor. Que la nueva literatura dependa en absoluto de estos grupos que han contado con sus botafumeiros incondicionales, ya es cosa más discutible. Síntomas de la época, de una época en que los hechos transitan apresuradamente, eso sí. Pero cuidado con la generalización. No es un nuevo estado de inteligencia totalizador, este agrupamiento momentáneo. A veces, ni siquiera una manifestación de inteligencia.

No cabe duda de que el disparate es una manifestación actual. Quizás de una actualidad un poco pasada. Vuelvo a las andadas, francamente, como prevención y anticipación de mucho de lo que estoy seguro se ha de decir sobre el libro de Luis Alberto Sánchez. Lo mismo que se dirá, que eso del marxismo y la literatura es una moda (la Moda es la vida, en resumen, la vida que pasa y varía), se podrá decir que el disparate literario es un acontecimiento transitorio. Reuno aquí disparate y modernidad como términos que llevan aparejada una relación estrecha y tomo a la palabra disparate no en un sentido peyorativo, sino en otro de mayor consistencia; algo que podría lla-

marse, dando a la palabra un significado exacto: Lo extraordinario. Y extraordinario, precisamente, por la falta de costumbre a que ha estado sometida toda la literatura postromántica, de cultivar lo disparatado. Si se exceptúan un par de casos, como Lautreamont y Rimbaud. El disparate puede ser tan anejo a lo artístico, que para aquellos para quienes el arte es un revulsivo inevitable, por falta de sensibilidad, puede ser todo lo bueno que se ha producido en el mundo una ristra de disparates: desde «El asno de oro» hasta «Anna Livia Plurabelle», pasando por el Quijote y Gargantúa. Pero el disparate circunstancial, el que se llama así por lo detonante e inesperado, ese que lo mismo puede ser trueno de Dios que petardo de chicuelo, ese ha tenido una mayor importancia en los últimos tiempos. Desde aquello de «A la merde l'Art» hasta las más recientes manifestaciones. Este disparate no es sino una triaca contra el envenenamiento despacioso que se realiza cuando un período comienza a decaer y los frutos que se producen apenas tienen fuerza. Saludable disparate a veces. Importantísimo con frecuencia. Y aunque no haya que considerarlo sino como un huracán pasajero que desbroce, no por ello habrá que dejarlo de mano al exponer los movimientos literarios de la actualidad. Sin que esto sea negar que haya otros medios de quitar cizaña más sencillos y diáfanos y a lo mejor igualmente fructíferos. Las observaciones que inmediatamente preceden se me ocurren como marginales al capítulo llamado «Preludio Simbolista». Algunos dirán: En este juicio sobre un libro, el que comenta se está poniendo parches antes de que le salgan los granos. No es eso. Me limito a señalar algunas espinillas que saldrán a ciertos lectores del Panorama y a decirles: Donde tiene usted esa espinilla le saldrá un forúnculo fenomenal. Cuídese. Eso es todo.

* * *

Aparte de estos pasajes del panorama que ya hemos visto, hay en él varios párrafos, entrometidos en medio de diferentes

materias, que merecen una cita especial y la remisión recomendada a su lectura. Por ejemplo, el paralelo circunstancial entre Wilde y d'Annunzio de la página 61. El último período de la página 64, donde se muestran los síntomas de rozamientos y reacciones en diversos escritores contra lo que procedió al desarrollo de sus obras. En ambos lugares la precisión y la gracia lucen con buena ley. El estudio sobre Rilke, un poco fragmentario si se compara con el que se le dedica a Joyce, encierra observaciones muy acertadas.

Dentro de la visión total del libro, que merece una posición favorable al ser considerada así, en conjunto, hay partes en las que quisiera manifestar algunos puntos de vista que me hacen separarme de la contemplación de una postal y añadir o quitar, según mi recuerdo y gusto, detalles accesorios que no vacilo en exponer. O bien, márgenes en los que, sin diferenciarme del expositor, noto una ocurrencia distinta a la establecida por él. De ambas calidades combinadas se constituirán los comentarios que siguen.

Hablando de teatro, (en diferentes sitios) Luis A. Sánchez coloca algunas opiniones que no se me antojan del todo ciertas. Es la primera, y me parece la más importante por su consistencia y por la extrañeza que me produjo, la intromisión de Gerald y entre Shaw, Pirandello y O'Neill. Ya sé que la intromisión obedece, más que una relatividad de aprecio o a una igualdad de calidades, a considerar el autor a Gerald y como un paso, como un puente; a opinar que el monólogo interior se insinúa ya en las obras teatrales de dicho escritor francés. Que Shaw sea a ratos intrascendente, quizá sea cierto. Pero que la palabra esquemática y elocuentísima llegue a su mayor precisión en Paul Gerald y ya es harina de otro costal. A mí, Gerald me parece la quinta esencia de lo intrascendente y de lo pretencioso. «Robert et Marianne», «Les Noces d'argent» y «Aimer» me pasan ante los ojos de espectador o de lector, (de las dos maneras puedo juzgar y por cierto que una de ellas fué ayudada

por excelentes actores) como los versillos de «Toi et Moi»... Algo que sin ser *Novela Rosa*, sin ser malo, siendo a ratos gracioso, no permite la colocación del nombre de Gerald y en medio de aquellos en que se le ha puesto. ¿Por qué no recordaría Luis Alberto Sánchez en aquel momento a Jules Romains o a Giraudoux, ambos como autores teatrales?... Allá cada uno con su opinión, pero confieso que el gran tropezón que dí en la lectura de este panorama, la postal que me pareció más mal impresa y peor fotografiada de todas, fué esta de la página 72, en el anverso del teatro revolucionario.

Se llama por ahí a la «Salomé» de Wilde «deslumbrante». Si el deslumbramiento está dicho irónicamente o está producido por abalorio y lentejuelas, estoy de acuerdo. Sino es así, la «Salomé» no merece ni la más leve consideración al lado del resto de la obra wildeana. Acaso la mejor que tenga, por compañía y no en sí misma, esta obra, sea la música de Strauss. Es, como dice José Bergamín, lo menos universal y lo más inglés de la obra de Wilde, cuando debió ser y quiso ser lo único que salía de la vida nacional que Wilde fustigaba. «Herod, aburrido lord, su *Mistress* Herodías, insoportablemente impertinente, de una manera tan británica; su histérica *Miss* Salomé, sentimental, musculada y esquelética bailarina inglesa, besando castamente la cabeza de Jokanaan, el *clergyman* más inofensivo, recitador bíblico en el fondo de un pozo»...

Y la tercera discordancia, ya muy particular, es la de afirmar el autor que en el teatro de Shaw, la obra no es sino un epílogo del prólogo convertido en obra. La experiencia de lectura, después de sucesivas equivocaciones y pérdidas de ruta, me ha demostrado lo contrario y no he dudado en recomendar mi sistema cada vez que tuve ocasión, habiendo producido mi recomendación buenos resultados en las lecturas ajenas. (Valga la publicidad). Y así, retorciendo la inevitablemente alambicada frase de Luis Alberto Sánchez, diría que en la obra teatral de Bernard Shaw, el prólogo es un epílogo a la obra, que el autor,

como buen chusco, ha colocado al principio. La experiencia que recomiendo para cimentar mi opinión, sería más convincente en dos casos: «Saint Joan» y «The Doctor's Dilemma». En ambos la lectura anterior del prólogo desorienta o cansa. La lectura posterior completa y gusta.

Un capítulo de este libro que vamos mirando se llama «Novela y Poema». Para un preceptuista literario, los géneros están confundidos. Para los que están hartos de zarandajas clasificadoras—entre los cuales tengo la fortuna de contarme—no hay tal confusión. Actual, es la palabra que se repite a cada paso en el panorama. Y la actualidad demuestra que la Novela y el Poema se han encontrado. La misma imagen de Max Jacob, de los dos rieles enamorados, que corren el uno al lado del otro, deseando unirse para siempre en su doble camino, inevitable, hasta que un día la fuerza de mutua atracción es tan grande que los dos rieles se unen y la locomotora que pasaba por ellos descarrila y se precipita; los dos rieles son el Poema y la Novela y la locomotora despeñada, la Crítica, esa misma fábula no es más que una concepción de la realidad del momento. Hay un engranaje, más aún, una fusión entre la Novela y el Poema, que permite tratarlos por junto. Ahora bien: ¿Es tan total esta fusión que no permita una consideración especial de géneros novelescos, más o menos influídos o contagiados de Poema, pero definidos y capaces de ser vistos como realidades aparte?... Indudablemente, la calidad de la fusión no permite establecer una regla general. Los nombres de Giraudoux y Duhamel, para no tomar más que ejemplos de una misma nacionalidad, nos dicen que hay zonas bien diferentes todavía en la delimitación novelesca, ¿Contradicción? No. Hay una zona importantísima de la novela contemporánea. (Proust, Joyce, Hamsum, Spitteler, Andreiev, Giraudoux, Arnoux, d'Annunzio, Schlumberger, Soupault, para mezclar y demostrar con la mezcla la extensión de dicha zona), en la que Novela y Poema andan tan unidos que apenas es posible separarlos. Mas, existe

otra zona donde, a pesar de las relaciones estrechísimas que se establecen entre los dos rielos antes nombrados, no hay facilidad de desorientación para llamar a las cosas por su nombre. Así, mezclando como antes, podemos establecer en este otro sector los nombres de Gide, Mann (los dos), Hemingway, Sassoon, Lawrence, Huxley, Unamuno, Duhamel, y todos los rusos posteriores a la revolución, exceptuando quizás, para colocarle en el grupo de arriba, a Zamiatin.

Sin embargo, la tendencia a la unión es tan fuerte, que no sólo es justiciero el acumular los nombres novela y poema en un titular, sino que, andando a buen paso por la literatura actual, a parte de las razones que Luis A. Sánchez establece para esa unión de géneros literarios, se podrían hallar otras muchas. Los tipos más interesantes que ha producido la nueva literatura inglesa (sin contar a Huxley, Aldington y Lawrence) han sido Virginia Woolf y Catalina Mansfield. No hay en el mundo actual (1) de las letras dos hembras que se le puedan comparar en talento artístico; hay solo una: Colette. Pues bien, esas dos mujeres, la autora de «Orlando» y la de «Garden-Party» son la muestra más palpable de esa tendencia que poetiza la acción novelesca y hace intrigas y análisis la calidad emocional del poema. Todas las obras de esas dos mujeres, representantes excelsas de la actual literatura femenina, son, en su conjunto y por separado, ejemplares perfectos de ese nuevo género de doble refracción.

Jean Cocteau llega a desenmascarar esta colisión, confesan-

(1) Que Catalina Mansfield muriera el 9 de enero de 1923 no quita su consideración «actual» y viviente de sus obras. Leyendo el «Journal» editado por su viudo Middlerton Murray, lograremos una convicción mayor sobre la calidad poética que la autora de «Prelude» puso en toda su obra novelada. En cuanto a Virginia Woolf, toda su producción, desde «The Voyage Out» y «Monday and Tuesday» hasta «Mrs. Dalloway» y «To the Lighthouse» confirma este aserto de confusión maravillosa entre lo poético y lo narrativo.

do el predominio de lo poesía en toda su obra. La lista que precede a sus recientes producciones, subdivide lo escrito por él en una serie de manifestaciones poéticas en las que la creación teatral, la novelesca e incluso la crítica, («Essai de critique indirecte») caen bajo la férula de la Poesía. Así llama «Poésie de Roman» a «Le Potomak», «Le Grand Ecart» y «Les Enfants Terribles», «Poésie Critique» a «Le Rappel a l'Ordre», las «Lettres a Jacques Maritain»... «Poésie de Theatre» a su obra representable; «Poésie Graphique» a sus dibujos y «Poésie Cinematographique» a su film «La sang d'un poete», con música de Georges Auric. Quizá dependa todo esto de que estamos en una época de poetas y de que éstos, ansiosos y capaces como ningunos, dedican su sensibilidad y su fuerza productiva a cultivar—poéticamente—todos los géneros literarios; sin preocuparse de su definición.

Pasado este atolladero con agilidad, Luis Alberto Sánchez entra a establecer una clasificación de las novelas actuales. Las separaciones que establece (La Guerra Internacional y la Novela; Novela de la Guerra Civil; Novela de la Guerra Económica), no dejan nada que desear en cuanto a esos tres sentidos y su estudio. Pero al llegar a la parte que inmediatamente subsigue, titulada: «En busca del Hombre: La Novela Biográfica», me parece que no debía haberse limitado a considerar la biografía solamente. Es decir, que si se atiende a la primera parte del título, en busca del hombre, no hay por qué olvidar la novela que procede en este camino sin ser biográfica ni ajustarse a la base histórica del recuerdo de un personaje determinado. Quizá la prisa a que estuvo obligado el autor le hizo dejar de mano la consideración a la novela que va en busca del hombre, que no es biográfica y que encierra un coeficiente importantísimo en la literatura actual, pese al combate iniciado con tanta fuerza por el cultivo de la Biografía. Quizá también, el hecho de que los originales de Sánchez estuvieran terminados hace algún tiempo o que, por gusto y voluntariamente, dejara de

mirar un aspecto tan importante, sean el motivo de esta ausencia. Pero «en busca del hombre» marcha un importantísimo sector de la producción novelesca actual, inclasificable, por otra parte, en ninguno de los cuadros establecidos por el escritor del Panorama. Es de lamentar que no figure en este capítulo, antes del estudio de las biografías, otro dedicado a a novela propiamente dicha, que cae dentro del molde que ciñe la primera parte del titular. Duhamel, con «Deux Hommes» y «Journal de Salavin»; Richard Aldington con «All men are enemies»; Marcel Arland con «L'Ordre»; el mismo Lawrence en «Canguro», tan bien traducido por Novás Calvo; otros muchos, van en persecución del hombre sin llegar a la biografía. Hay entre los citados más arriba dos ejemplares muy considerables de la novela contemporánea, que merecían haber entrado en la exposición panorámica: Richard Aldington y Marcel Arland. Ambos son, para mí, primeras figuras en la época y las dos obras citadas junto a sus nombres, hitos imprescindibles en la novela moderna.

En la lista de obras biográficas que enumera el autor, se notan algunas ausencias que no sería muy necesario exponerlas, puesto que todo depende de oportunidades, si no fueran sustituibles por otras. El «Shakespeare» de Astrana Marín, citado entre las biografías históricas, se da de manguzadas con los que le rodean, como me parecía que se las daba Gerald y con sus improvisados compañeros. Quisiera citar, solo por un gusto particular, y haber visto en esas listas, el «Rimbaud» de Carré; «Napoleón» y «María Antonieta», de Belloc; el «Rivarol», de Luis Latzarus; el «Robespierre», de Beraud; el «Mistral», de Marius André y el «Montaigne», de André Lamandé. ¿Se llama «La vida amorosa de Tut-Ank-Amon» el libro de G. R. Tabouis, o simplemente «El Faraón Tut-Ank-Amon? Quizás haya una confusión memorística en ese titular reproducido.

Quedan por nombrar los estudios que Luis A. Sánchez dedica al Cinema y al Deporte en sus relaciones con la litera-

tura. Ambos bien trazados, completos y certeros. Temas los dos que encierran necesariamente unos aspectos muy valiosos del momento y que el autor ha sabido desarrollar con maestría. Lástima que al tratar del cinema no surjan por ahí, para una remisión a consulta, siquiera en nota marginal, «La cinematographie vu de L'Étna», de Jean Epstein; y «Panoramique du Cinema» de Leon Moussinac.

En resumen, el libro «Panorama de la Literatura Actual», es una obra que satisface. Las observaciones que hayan podido salir en el trascurso de este comentario, son accidentales para la calidad de la obra y obedecen a gustos que, más o menos susceptibles de extensión, no quería dejar en mi calepino. No es un libro para principiantes, desde luego. Es una guía, un cuadro de apuntes bien trazados en el cual las notas encierran, con tino y buenas dosis, los aspectos más salientes de la Literatura Actual. Libro de consulta en muchos casos, aunque el autor no lo haya pretendido. Libro de exposición en otros, en los que la visión resumida deja impresiones exactas y completa ideas ya adquiridas. Manual apto para una compilación de las manifestaciones de la actualidad, encerradas en límites bien establecidos. Y aun para aquellos que empiecen, libro sugeridor y productor de curiosidades que satisfagan, con lecturas posteriores, la inicial sinóptica que el redactor de este Panorama pone ante su vista, despertando interés. Sería inútil pretender que fuera una historia para gentes que desconocieran totalmente ciertos aspectos de lo contemporáneo artístico. No puede producirse en un lector lego una idea completa de Joyce o de Rilke, por el mero hecho de dedicar dos libros de miles de páginas a estos autores. Se requiere una atención posterior y sin haber abierto el «Ulises» o «El artista adolescente», por mucha lectura al margen de ellos que se haga, quedarán los curiosos y cómodos a la cuarta pregunta en cuanto respecta al autor de «Dubliners».

No creo que en estos días en que, por una aberración, la

crítica se dedica a visiones particularistas y a trabajos de índole microscópica (*Importé de l'Allemagne*) sea vano este libro de Luis Alberto Sánchez. Como realidad y como ejemplo, es digno de «albo lapillo» en la producción sudamericana de los años recientes.

Una limpia presentación acompaña y ayuda a la lectura. Lástima que, seguramente por la prisa del copista a máquina o del impresor, se hayan deslizado algunos lapsus que, para otros quizás pasajeros, me gustaría ver eliminados en la próxima edición: D'Ambras... Tout le Mond... Child Harold... Viélé-Griffin... Gaspar de la Nuit, (o Gaspard la Nuit, o Gaspar de la Noche)... y algunos nombres que podían estar en el idioma del poseedor de ellos o en español, razonablemente: como *Georges Gordon*, Lord Byron.

Pequeñas liviandades que no restan ningún mérito al libro de Luis Alberto Sánchez, ninguno de los numerosos méritos que posee, pero que sería bueno que se evitaran en la próxima edición de este libro, que auguro pronta y segura.—JOSÉ MARÍA SOUVIRON.



SAVONAROLA, por Don *Alejandro Vicuña*.

Dedicado a don Ernesto Galliano M., por su amigo muy cordial.

Raro ejemplo de actividad mental es el que ofrece el distinguido presbítero don Alejandro Vicuña P. De su pluma brotan los libros con rapidez milagrosa; todavía no sale de las prensas uno de ellos y ya debe abrir camino al siguiente. La lista de los publicados hasta hoy es enorme y bastaría para llenar la existencia de cualquier otro escritor.

Tanto como el número de sus trabajos maravilla la gran variedad de los temas que en ellos aborda. El se siente a sus anchas en los más diversos terrenos, en la teología y los viajes, en